

EL Bucle Melancólico

La tesis de Juaristi se puede resumir en el título del libro: Es un indicio de lo poco serio que es considerado en nuestros días este género, al que un sentimiento generalizado considera distanciado para siempre de los grandes problemas, los que solo son encarados ahora por las llamadas ciencias sociales (la historia, la antropología, la sociología, etcétera).

Desde entonces se ha ido bifurcando en dos ramas que, aunque formalmente distintas, exhiben una idéntica vacuidad: Una, académica, pseudocientífica y la otra, periodística, ligera y efímera, que, cuando no es una mera extensión publicitaria de las casas editoriales, suele servir a los críticos para quedar bien con los amigos o tomarse mezquinos desquites con sus enemigos. No es raro por eso que, con la excepción acaso de Alemania, no haya, hoy, en los países occidentales, sociedad alguna donde la crítica literaria influya de manera decisiva en el quehacer cultural y sea una referencia obligada en el debate intelectual.

Por eso, cuando aparece un libro como este, que se sitúa en la mejor tradición de la crítica literaria, aquella que trata de desentrañar en la obra de poetas y prosistas lo que, a partir del placer estético que depara, agrega o resta a la vida, a la comprensión de la existencia, del fenómeno histórico y de la problemática social, nadie lo reconoce como lo que es, y se lo toma por "un ensayo psico-social" (así lo califica uno de sus detractores).

El libro de Jon Juaristi me ha impresionado, la agudeza del crítico nos revela, en la misma indigencia artística o la pobreza conceptual de aquellos textos (poemas, canciones, ficciones, artículos, historias, memorias), unos contenidos sentimentales, religiosos e ideológicos que resultan iluminadores sobre la razón de ser del nacionalismo en general y del terrorismo ETARRA en particular

Con ayuda de Freud, Jon Juaristi llama melancolía a la añoranza de algo que no existió, a un estado de ánimo de feroz nostalgia de algo espléndido, que conjuga la felicidad con la justicia, la belleza con la verdad, la salud con la armonía: El paraíso perdido. Que este nunca fuera una realidad concreta no es obstáculo para que los seres humanos, dotados de ese instrumento terrible, formidable, que es la imaginación, a fuerza de desear o necesitar que hubiese existido, terminen por fabricarlo. Para eso existe la ficción, una de cuyas manifestaciones más creativas ha sido hasta ahora la literatura: para poblar los vacíos de la vida con los fantasmas que la cobardía, la generosidad, el miedo o la imbecilidad de los hombres requieren para completar sus vidas. Esos fantasmas a los que la ficción inserta en la realidad pueden ser benignos, inocuos o malignos. Los nacionalismos pertenecen a esta última estirpe y a veces los más altos creadores contribuyen con su talento a este peligrosísimo embauque.

Mientras que el luto es ante todo, siguiendo a Freud, una estrategia de nuestra mente para poder asimilar la pérdida de alguien o algo, la melancolía se caracteriza por llorar una pérdida indeterminable. El melancólico tiene un sentimiento de pérdida, pero no sabe qué es lo que ha perdido. Según Juaristi, el nacionalismo vasco es una reacción melancólica de este tipo, que se va transmitiendo de generación en generación a través de toda una serie de historias que la persona oye desde su infancia con reverencia y credulidad. Con el tiempo. Algunos se convencen de que lo que esas historias contaban es cierto, y se hacen partidarios –pacíficos o violentos– de la lucha nacionalista. Así se van formando otras historias del mismo tipo, que transmitirán a la siguiente generación. Ese es el bucle melancólico. Con ello, Juaristi parece afirmar que el nacionalismo vasco tiene los pies de barro, porque se basa en la pérdida de algo que no se puede exponer con argumentos racionales, sino sólo acudiendo a historias tan cargadas de emoción como vagas y difusas. "En rigor –escribe–, el núcleo del discurso nacionalista es inmune a la crítica, porque se trata de una historia, no de una argumentación: una historia que prolifera, que vive en variantes. Que se multiplica en historias generacionales y, sobre todo, individuales: en biografías, es decir, en historias de nacionalistas" (p.18). Así pues, el nacionalismo sería una mitología basada en vagas reivindicaciones, como lo demuestra el hecho de que cada personaje estudiado tiene su propia versión nacionalista y su propia idea de lo que hay que reivindicar, que

casi nunca coincide con la de otros.

Otro de los asuntos principales del libro es el de la conversión de la lengua como centro catalizador de la esencia nacional. Ya que nunca existió una patria vasca como tal, ya que no hay un ser racial con sus características fisiológicas y mentales que distinga al sujeto vasco del no vasco, el nacionalismo encontró en la lengua su tarro de las esencias, el útero materno del que nace la diferencia, aún a pesar de que pocas personas tienen al eusquera como su lengua materna. Como apunta Juaristi: "Si los vascos son la garantía de la existencia de una España originaria, el eusquera es la prueba de la existencia de los vascos como comunidad diferenciada y ancestral (Pág. 189)".

Con perspicacia y seguridad, Juaristi documenta el proceso de edificación de los mitos, rituales, liturgias, fantasías históricas, leyendas, delirios lingüísticos que sostienen al nacionalismo vasco, y su enquistamiento en una campaña neumática solipsista, que le permite preservar aquella ficción intangible, inmunizada contra toda argumentación crítica o cotejo con la realidad. Las verdades que proclama una ideología nacionalista no son racionales: son dogmas, actos de fe. Por eso, como hacen las iglesias, los nacionalistas no dialogan: descalifican, excomulgan y condenan. Es natural que, a diferencia de lo que ocurre con la democracia, el socialismo, el comunismo, el liberalismo o el anarquismo, el nacionalismo no haya producido un solo pensador, o tratado o filosofía, de dimensión universal.

Porque el nacionalismo tiene que ver mucho más con el instinto y la pasión que con la inteligencia y su fuerza no está en las ideas sino en las creencias y los mitos. Por eso, como prueba el libro de Jon Juaristi, el nacionalismo se halla más cerca de la literatura y de la religión que de la filosofía o la ciencia política, y para entenderlo pueden ser más útiles los poemas, ficciones y hasta las gramáticas, que los estudios históricos y sociológicos. Él lo dice así: "Creo que hay que empezar a tomarse en serio tanto las historias de los nacionalistas, por muy estúpidas que se nos antojen, como sus exigencias de inteligibilidad autoexplicativa, porque tales son las formas en que el nacionalismo se perpetua y crece".

Las implicaciones religiosas (desentrañando la importancia simbólica de los santuarios de Urquiola y Aránzazu), los lazos sentimentales y familiares y los ejemplos educativos van tejiendo una red emocional nacionalista de la que es difícil zafarse. Pero como en el libro anterior, la idea de Sacra Némesis no es otra que mostrar la falsedad del ideario nacionalista y sus coqueteos con el racismo y el fascismo. Valga como ejemplo la anécdota que nos cuenta el autor (Pág. 111): Tras ser condenado a la pena capital en el consejo de guerra de diciembre de 1970, en Burgos, y días antes de que su sentencia fuese conmutada por la de cadena perpetua, Onaindia sacó de la biblioteca de la cárcel las obras de José Antonio Primo de Rivera y las llevó a su celda. Quería satisfacer una última curiosidad: saber cómo pensaban aquellos que le iban a matar. A medida que leía, se llenaba de espanto: entre la ideología de Falange y la de ETA apenas había otra diferencia que el marco nacional en que unos y otros pretendían aplicarlo."

Sin embargo, leyendo *El bucle melancólico* se llega a la angustiosa conclusión de que, aun si el País Vasco no hubiera sido objeto, en el pasado, sobre todo durante el régimen de Franco, de vejaciones y prohibiciones intolerables contra el eusquera y las tradiciones locales, la semilla nacionalista hubiera germinado también, porque la tierra en que ella cae y los abonos que la hacen crecer no son de este mundo concreto. Sólo existen, como los de las novelas y las leyendas, en la más recóndita subjetividad, y aparecen al conjuro de esa insatisfacción y rechazo de lo existente que Juaristi llama melancolía. Por su entrada constitutivamente irracional deriva con facilidad hacia la violencia más extrema y, como ha ocurrido con ETA en España, llega a cometer los crímenes más abominables en nombre de su ideal. Ahora bien, que haya partidos nacionalistas moderados, pacíficos, y militantes nacionalistas de impecable vocación democrática, que se empeñan en actuar dentro de la ley y el sentido común, no modifica en nada el hecho incontrovertible de que, si es coherente consigo mismo, todo nacionalismo, llevando hasta las últimas consecuencias los principios y fundamentos que constituyen su razón de ser, desemboca tarde o temprano en prácticas intolerantes y discriminatorias, y en un abierto o solapado racismo. No tiene escapatoria: como esa 'nación' homogénea, cultural y étnica, y a veces religiosa, nunca ha existido —y si alguna vez existió ha desaparecido por completo

en el curso de la historia—, está obligado a crearla, a imponerla en la realidad, y la única manera de conseguirlo es la fuerza..